

sucesos que constan en el presente libro, no se observa la menor percepción de que haya tal problema agrario, puesto que lo que sobran son tierras, y lo que falta son brazos para trabajarlas con provecho.

Los despojos por los ejidos de los pueblos se solucionarían por otros medios, sin que ello ameritara que todo un pueblo en masa, se rebelara contra el gobierno. Tememos, pues, que tampoco este sea el verdadero motivo del "zapatismo" y el lector del libro formará su criterio por sí mismo, juzgando de los hechos como ellos son en la realidad.

El hecho capital es que el "zapatismo" ha estado tolerado primero, azuzado después y fomentado siempre, asombrando al mundo con las hazañas espeluznantes y salvajes que ha cometido, en pleno corazón de la república y en plena época de avanzada civilización.

LOS EDITORES.



Los Crímenes del Zapatismo

(APUNTES DE UN GUERRILLERO)

CAPITULO I

El origen del zapatismo

El caciquismo porfiriano que durante más de tres décadas hizo flotar su bandera de extorsión, de ignominia en todo el país, desde la culta capital hasta el más insignificante villorrio de la República, en ninguna parte, sin duda, se dejó sentir con más vigor, con más infamia y con mayor crueldad, que en la rica comarca morelense; y este hecho que muchos quieren ignorar, y otros se atreven a desmentir, es el origen del movimiento revolucionario que, con el nombre de *maderismo* primero y más tarde con el de *zapatismo*, ha venido sembrando desolación, ruinas y miseria por espacio de tres años en aquella pródiga región del sur de nuestra patria, cuya tierra exuberante hasta el exceso, ha sido totalmente acaparada por unos cuantos favoritos del porfirismo, que han venido enriqueciéndose grandemente, mientras el infeliz jornalero de aquellos rumbos vive soportando, bajo el yugo de la férula de aquellos señores feudales de horea y cuchillo, la oprobiosa carga de todas las humillaciones, de todos los maltratos, de todas las infamias y de todas las miserias.

El caciquismo en el Estado de Morelos, aunque de modo distinto del imperante en Chiapas, Yucatán, etc., en donde la trata de hombres y la esclavitud de éstos es moneda corriente, ha revestido de mucho tiempo atrás, las formas más infamantes que puedan imaginarse, lo que constituye sin duda alguna la base de las represalias tomadas por el pueblo bajo de Morelos, contra toda autoridad, contra la burguesía, y de aquí que haya asumido desde los primeros días de la revolución en 1910, las horripilantes proporciones de un verdadero salvajismo.

Poseyendo los grandes terratenientes, cuyo número no excede a una veintena, casi todo el territorio del Estado, de tal manera que ninguno de los pueblos de aquella región conserva en nuestros días sus ejidos, excepción hecha de Tepoztlán, todas las autoridades (de la comarca, desde el primer Magistrado del Estado hasta el presidente municipal del pueblo más desarrapado, y desde los magistrados de la sala colegiada hasta el juececillo de paz del último poblacho, son puestas por aquellos funestos acaparadores de tierra, y unos y otros, autoridades y terratenientes, en consorcio maldito, en interminable complicidad de atentados de la más negra y abyecta criminalidad, ufanándose en su obra nefasta de monopolio y por consiguiente de extorsión y tiranía, prepararon con multitud de odiosos procedimientos sobre el proletario, la actual situación anárquica por que atraviesa en nuestros días aquel rico jirón del hermoso y fértil suelo mexicano, sobre el que pesa hoy inextinguible y consumiéndolo todo, la hoguera revolucionaria sobre cuyas flamas soplan airadamente, con anhelos reivindicadores, los hijos de aquel pueblo, mil veces vejado y escarnecido.

No es bastante enérgica ni significativa la frase "odiosos procedimientos" para expresar todo lo negro, todo lo infame, todo lo criminal y todo lo inhumano que se encierra en la perversa labor de aquel grupo acaparador de tierras jamás hartado de oro y poderío, amparado por aquellas autoridades corrompidas y venales en cuyos atropellos sin cuento, han puesto de relieve lo infame de sus procedimientos,

exasperando más y más el espíritu indomable de la sufrida y valiente raza sureña.

Sin retroceder a los tiempos del general Leyva, de Quaglia o de Pacheco, en los que el abuso de autoridad y de fuerza se habían convertido en sistema de gobierno, echemos una rápida ojeada sobre la administración del coronel don Manuel Alarcón, Gobernador que han dado en llamarle de los mejores, y veamos cómo bajo la égida de aquel hombre ignorante, cuya probidad no le impidió tornarse de la noche a la mañana en rico hacendado, la justicia estaba muy lejos de dejar sentir en el Estado, alguna vez siquiera, su influencia bienhechora.

De la Secretaría de Gobierno, en aquella época, partió una orden para todos los jefes políticos del Estado, que los obligaba a mandar a Cuernavaca semanariamente cierto número de hombres cuyo destino era el servicio de las armas, y esta práctica odiosa que arrebatava del hogar a muchos hombres trabajadores y honrados y que no podía ser más atentadora contra las garantías individuales, ofrecía a todo cacique, por pequeño que fuera su radio de acción, la oportunidad propicia, bien de ejercer sobre sus enemigos indefensos venganzas personales, o bien de satisfacer por medio tan repugnante, ora asquerosos apetitos de macho, ora aprovechar oportunidades para consumir operaciones pecuniaras que casi siempre crecían hasta dejar en la miseria más completa a los infelices consignados.

Con respecto a lo primero y tratándose siempre de familiares de la clase humilde, hubo individuos y en número increíble que fueron consignados al ejército porque sus esposas, hermanas o hijas se negaron a acceder a las proposiciones de los caciques para saciar sus apetitos sexuales, y no pocas infelices mujeres se vieron obligadas a entregarse en brazos de sus malhechores, a cambio de salvar al esposo o al hermano de las garras del servicio. Esta práctica criminal se convertía, además, en un rico filón de oro que explotaban, sin medida, los empleados superiores de la Secretaría de Gobierno, quienes con todo descaro cobraban cincuenta

o cien pesos, por el rescate del individuo que quería librarse de aquella triste condena, que iba a extinguir por el único delito de tener en su familia mujeres agraciadas.

Procederes tan inicuos ejercidos diariamente, sin interrupción alguna, por espacio de largos años, sobre centenares de infelices labriegos, no podían menos que acumular día con día, odio tras odio, en el corazón del pueblo morense, contra aquel Gobierno tiránico y aquella férula feudal de los poderosos terratenientes.

Mientras aquellos tiranuelos que ostentaban pomposamente el título de "jefes políticos" vivían con todo género de comodidades, haciendo infinidad de dispendios, ocupando los mejores palacios en los pueblos, montando magníficos ejemplares de raza equina, y sosteniendo con todo lujo la mayor parte de las veces, a numerosas familias, con el oro sacado de las multas y de infinidad de "negocios," el pueblo bajo siempre extorsionado, cansado de sufrir pacientemente, se preparaba unificándose con sus mismos dolores y con sus mismas miserias, para hacerse más fuerte que sus extorsionadores, y poder así sacudirse el yugo opresor que por tanto tiempo los había doblegado.

El oro de que estaban hartos los caciques, jamás permitió que hasta sus oídos llegaran las quejas del infeliz proletario de Morelos. Los tres Poderes del Estado estaban supeditados a la voluntad caprichosa de los hacendados, era un gobierno netamente plutocrático, y sólo servían para apoyarlos incondicionalmente en todos sus actos, de la más abominable tiranía, y de las más inicuas arbitrariedades ejercidas sobre las clases humildes; los tribunales no desempeñaron jamás otra misión que la de sancionar los despojos que los hacendados hacían constantemente de los bienes de terratenientes en pequeño, dejándolos en la miseria y obligándolos a pagar tributo a los grandes acaparadores de tierra; y cuando alguno de aquellos infelices osaba protestar contra los atentados de los señores, la autoridad, haciendo justicia a su manera, se encargaba de castigar al quejoso consignándolo a las armas por el grave delito de no ser respetuoso a su señor.

Y de aquella opresión que había llegado hasta los bordes de la paciencia más grande y del sacrificio más abnegado, de aquella impotencia desesperante para librarse el débil de la infame dominación del fuerte; de aquel constante abuso del poderoso sobre el desvalido, convertido en ley, de aquella falta absoluta de justicia y sobra de miseria para las clases trabajadoras, nació la revuelta actual, que se desarrolla en medio de los más feroces atentados de salvajismo, propios si se quiere, de los pueblos de Hotentocia y Cafrería; pero que responden ante todo, ya que no hay guerra piadosa, a una interminable cadena de dolores nunca consolados, a una infinidad de quejas jamás oídas y a los vehementes deseos de justicia, hasta hoy no satisfechos.

Pablo Torres Burgos, los hermanos Emiliano y Eufemio Zapata, Juan Sánchez, Tepepa, los Jáuregui, Morales, Montañón, el que estas líneas se escribe y otros muchos, no hemos sido nunca otra cosa que miserables despojados por la rapaz voracidad de los señores hacendados, nunca satisfechos; víctimas eternas de un cacicazgo más infame y más cruel que la horrible guerra de hermanos que sostenemos, porque siquiera así tenemos la conciencia de poder defendernos.

CAPITULO II

Pablo Torres Burgos

Hechas estas ligeras consideraciones sobre las causas que engendraron el zapatismo, conozcamos a los principales actores que han tomado parte activísima en la terrible tragedia que diariamente riega de sangre las fértiles campiñas de Morelos, sangre que al sentirse abrasada por el fuego de aquellos soles tropicales, humeante se levanta hasta el cielo en son de amarga queja, como preguntándole a Dios: ¿qué crimen tan grande habremos cometido los mexicanos para que permitas que nos estemos matando hermanos con hermanos?; terrible tragedia que a su paso va dejando, como el Etna mugidor cuando desliza su corriente de fuego por el prado, el terror, la desolación, humo, ceniza. De donde ayer se escapaba el alegre murmullo de mil voces de chiquillos que sumaban en coro: "uno y uno, dos," hoy el monótono silencio de las ruinas abandonadas, como elocuente testigo de las luchas pasadas, sólo dice al viajero: ¡reivindicación o muerte! Lo que ayer fueron centros comerciales donde jamás decaía el entusiasmo, con aquel ir y venir de hombres y mujeres, de vendimieros voceadores y de pequeños comerciantes ambulantes; donde antes se elevaban los muros medioevales de ricas casas y las torres antiguas de los templos, y los postes telegráficos.... hoy sólo se levantan montones de escombros

humeados, donde la hierba ha echado ya sus raíces; pedazos de columnas que evocan el recuerdo de la vida pasada.....

¡Oh ruinas solitarias! ¿Por qué destino fatal el hombre destruye con sus propias manos hoy, en unas horas, lo que ayer levantó en tanto tiempo y con tantos sacrificios?

Es la ambición del oro y poderío la que trueca en montones de ruinas los poblados, la que devasta las fértiles campiñas que ayer fueron un pedazo de gloria nacional por su exuberancia y lozanía, para sembrarlas hoy de cadáveres y regarlas con la sangre del pobre indio; no es un destino fatal, el ángel malo que bate sus alas sobre México; es que los potentados y los magnates pretenden apagar con sangre y fuego la sed de justicia que devora a los pueblos. De donde ayer se escuchaba el alegre tintineo de las viejas campanas del villorrio, ensordecedor, cruel, atronando el espacio como un rugido de hiena, saturado de odio y de venganza contra la sufrida raza de Cuauhtémoc, surge el estampido del cañón al que la indomable raza sureña contesta siempre como un alarido de muerte con el grito exterminador de ¡viva Zapata!

* * *

Tez morena, ojos regulares negros, de mirar penetrante, labios cobrizos, semiocultos bajo el espeso bigote negro; de estatura napoleónica y un espíritu de titán, templado en el yunque del dolor por la lucha de la vida, era Pablo Torres Burgos.

A la salida de Villa Ayala y a la vera del camino que conduce a Cuautla, en una humilde casa semioculta entre el follaje de los altos mameyes y zapotes, vivía Pablo Torres Burgos, dedicado, más que a sus labores de campo, a practicar el bien del prójimo, instruyendo al pueblo con libros que él, de su propio peculio, con miles de sacrificios obtenía; aconsejando y defendiendo hasta donde el caciquismo se lo permitía, a todos los desvalidos que en demanda de auxilio ocurrían a él.

Así, practicando el bien, no descuidaba de denunciar a la prensa independiente de la capital, como "México Nuevo," "El Diario del Hogar," etc., los abusos de las autoridades; difundía entre las clases humildes sus enseñanzas de sano socialismo, tendiendo a levantar a las masas de su nivel moral, estando en constante guerra contra todo aquello que llevaba la marca del atropello o de la injusticia.

Torres Burgos era muy estimado en la Villa y en todas las inmediaciones, por cuanta gente humilde le conocía; pero incesantemente perseguido por las autoridades, hasta que un día del mes de noviembre y sin que nadie hubiera sabido el rumbo que tomaba, desapareció del pueblo, después de haber realizado sigilosamente y a muy bajo precio, sus pequeños bienes, consistentes en una exigua biblioteca, un modestísimo menaje de casa, algunas cabezas de ganado y la casucha en que vivía, de aspecto ruinoso que, como ya hemos visto, estaba escondida entre el follaje de algunos zapotes, mameyes y chirimoyos.

¿Adónde iba Torres Burgos?

Aquiles Serdán, en un temerario rasgo de heroísmo que le costó la vida, acababa de dar el grito de rebelión en la ciudad de Puebla, secundado apenas por una media docena de valientes y de su espartana familia, que sembraron el pánico y la muerte en las numerosas filas de los primeros federales enviados a sostener el Gobierno tiránico de Porfirio Díaz; Madero se ocupaba de activar la revolución en el norte, y en todo el país empezaba a respirarse un ambiente de rebelión, convertido más tarde en devastadora anarquía.

La desaparición de Torres Burgos, en aquellos momentos en que empezaba la efervescencia, no tardó en señalarlo como un iniciado en el movimiento revolucionario que, pocos meses después, obtenía como legítimo triunfo la renuncia del general Díaz a la primera magistratura de la República.

Para todos aquellos que más de cerca tratábamos a Torres Burgos, mejor dicho, para los que con él habíamos hecho el sagrado juramento de ir hasta el sacrificio si necesario era, por salvar al Estado de la triste situación económica y social

por la que atravesaba, para lo cual tomaríamos como medio la revolución maderista, la desaparición de Torres Burgos no era un misterio; sabíamos que marchaba a San Antonio, Texas, donde se pondría de acuerdo con Madero para levantar en armas al pueblo de Morelos. Otilio Montaña, Belendes y yo, lo habíamos acompañado a Cuautla, adonde embarcó a bordo del ferrocarril rumbo a la capital de la República, y de donde seguiría sin pérdida de tiempo camino al Norte, quedando con el encargo de seguir conquistando sigilosamente adeptos y de borrar del ánimo de las autoridades toda sospecha que hubiera dado al traste con nuestros planes. Esperamos impacientemente el regreso de Pablo, que nos sorprendió, muchos días más tarde, en la siguiente forma:

Huichila, ... Diciembre de 1910.

Sr. D. Rogiero Valero.

Villa de Ayala.

Mi querido amigo:

Encuéntrome en ésta, adonde espero reunirme con los muchachos de esa Villa a la mayor brevedad posible. Tomen toda clase de precauciones, para que las autoridades del lugar no se den cuenta de su salida. Cierro esta carta en espera de darles pronto un abrazo y ponerlos al tanto de cómo andan las cosas en el Norte y centro de la República.

De uds. atto. y S. S.

Pablo.

P. D.—El portador los conducirá al lugar en que me encuentro.—*Vale.*

* * *

Pocas horas después, esta carta era ávidamente leída por cuantos en Villa Ayala estábamos comprometidos a levantarnos en armas, en defensa de los intereses del pueblo de Morelos. En las primeras horas de la noche abandonamos nuestro pueblo natal diez hombres, entre los que iban los dos hijos de Torres Burgos, uno casi niño; todos íbamos animados por los mismos ideales, a abandonarnos en brazos de una aventura de la que, quizá como única recompensa, sólo se nos esperaba la muerte.

CAPITULO III

Villa de Ayala

Villa de Ayala, municipalidad de ínfima categoría perteneciente al distrito de Cuautla de Morelos, es una pequeña población compuesta de casas en su mayor parte construidas de adobe con techos de teja y hojas de caña, distinguiéndose unas cuantas, pertenecientes a los principales ricachos del pueblo, y las cuales tienen una apariencia mejor.

Con todo y que Villa de Ayala, como todos los pueblos cortos de la República, presenta su característica de miseria y de abandono, la vegetación exuberante le da un aspecto alegre. Sus casas, construidas sin ninguna simetría, casi ocultas entre el follaje espeso de los chirimollos, zapotes y mameyes, ostentan sus fachadas pintarrajeadas de chillantes colores. No obstante de que las calles del pueblo son tortuosas y las sinuosidades del terreno hacen difícil su tráfico, por el abandono de las autoridades, la naturaleza se encarga de cubrir esos defectos, con la magnificencia del pomposo follaje de sus árboles frutales, siempre verdes, y de sus flores multicoloras, siempre fragantes, que hacen en aquel hermoso rincón de la República, una eterna primavera.

* * *

Son las diez de la noche. Por entre las tortuosas callejas del poblacho, absorto en profundas meditaciones, con paso firme pero lento, me dirijo a la salida del pueblo, por el camino que conduce a Cuautla. Era el punto de reunión que nos habíamos dado después de enterarnos de la carte de Pablo. El silencio de la noche era rasgado de vez en cuando por el monótono aullido de algún perro, que me recordaba los cuentos de mi abuela, cuando me decía que los perros aullan porque ven al diablo. De pronto me detuve; un bulto blanco atravesó precipitadamente de una acera a otra, la calle por donde iba yo caminando; ¿era el diablo por el cual aullaba el perro?; y aquel bulto se perdió en el fondo de la oscura sombra proyectada por las ramas de los árboles que mecíanse suavemente, como viejos filósofos que mecen sus cabezas, aprobando la conducta —de aquel puñado de valientes, que se lanzaban a la lucha por la reivindicación del pueblo; ellos, los árboles, son los más viejos testigos de los cruentos dolores que aquel pueblo tan vejado, ha venido soportando desde años. Esos árboles que se mecen mansamente al impulso de la brisa saturada del perfume de las flores; esos árboles que semejan las cabezas de filósofos muy viejos, porque su verdor está plateado por los pálidos reflejos de la luna, y que todos parece que a mi paso se inclinan reverentes y se mecen aprobando, esos árboles, han visto las infamias cometidas por los pequeños tiranuelos sin conciencia, sin pudor ni remordimientos, asquerosos, serviles de magnates.

A lo largo de la calle y replegándose al tecorral (1) aquel bulto blanco avanzaba misteriosamente, como queriéndose ocultar a mi presencia. No tardo mucho tiempo en que lo reconociera; a un silbido de antemano convenido por todos los que estábamos comprometidos, se detuvo contestándome. Era Otilio Montaña.

(*)—Con este nombre se denominan los bardeados de piedra sobrepuesta que circundan los terrenos y las casas de los pueblos.

—¿Ya estás listo, vale?

—Aquí me tienes.

A los pocos minutos estábamos en el punto de reunión, donde nos esperaba Pomposo Domínguez con los dos hijos de Torres Burgos, para conducirnos al lugar donde éste nos esperaba.

Cuando estuvimos reunidos los diez primeros hombres comprometidos en Villa Ayala, emprendimos la marcha hacia Huichila, con todas las precauciones que el caso requería, pues en vista de lo vigilado que estaban los caminos por las tropas federales y del Estado, porque ya se esperaba de un día a otro el levantamiento del Sur, atravesando por entre las barrancas y en vez de coger las veredas, internándonos por entre los cañaverales cenagosos, pasando muy lejos de los "cascos" (1) de las haciendas, sin atrevernos a despegar los labios para pronunciar una sola palabra, a cual más absorto en sus meditaciones, pensando, sin duda, en el hogar abandonado, donde habíamos dejado a la esposa rodeada de sus pequeños, hecha un mar de lágrimas, caminábamos lentamente, con precaución; pero todos resueltos a morir de pie, antes que seguir siendo esclavos de la dictadura porfiriana.

En medio del profundo silencio de la noche, tan sólo se escuchaba el gárrulo murmullo de las cañas, agitadas por la tibia brisa que sopla en la comarca.

(*)—Fincas de las haciendas. Lugar donde vive la servidumbre.

CAPITULO IV

En la barranca de la Cuera

Poco antes de las cuatro de la mañana estábamos cerca de Huichila, a orillas de la profunda barranca de la Cuera, en cuyo fondo se encuentran sinnúmero de cavidades que semejan amplios salones, suficientes para contener a más de cien personas, aunque sus entradas son tan estrechas, que apenas cabe un individuo.

Pomposo Domínguez, "El Pinto," detuvo nuestra marcha.

—Ya llegamos—dijo—podemos desenfrenar y aflojar el cincho a los cuacos, "pa que pasten un rato."

Después, lanzando un prolongado y agudo silbido, nos hizo la seña de que hiciéramos silencio y que aguardáramos. El se adelantó hacia la barranca.

Intertanto, nosotros, después de aflojar el cincho a los caballos y quitarles el freno para que pudieran pastar, encendimos un cigarrillo de hoja, y Montaña hizo circular por tercera vez la botella del rico aguardiente "El Moro," renombrado por aquel rumbo, y la que contenía ya los últimos residuos.

A los pocos minutos regresó Domínguez indicándonos que le siguiéramos, y tras él, por una vereda angosta, emprendimos el descenso al fondo de la barranca.